

ANA VIAN

LA BATRACOMIOMAQUIA Y EL CROTALÓN: DE LA ÉPICA BURLESCA  
A LA PARODIA DE LA HISTORIOGRAFÍA

I

La *Batracomiomaquia* clásica<sup>1</sup> es un ejemplo ideal de lo que Gilbert Highet denomina parodia de forma<sup>2</sup>. El tema, como se sabe, es una batalla campal entre ranas y ratones, tan violenta y absurda que obliga a los dioses a intervenir. Pero este tema adopta un cuidadoso e inteligente disfraz del estilo homérico, a través del cual y del empleo de sus mismos modelos estructurales, se consigue denotar un género literario: hexámetros melodiosos llenos de epítetos tradicionales, palabras sublimes, recursos descriptivos formulaicos, giros poéticos y escenas significativas de la épica se aplican a animales; los campeones hacen proezas elevadas, hieren y aniquilan a sus oponentes con la misma energía y pasión que los príncipes aqueos y troyanos; hablan con su misma gravedad caballerosa, y se narran sus hazañas con el mismo ímpetu que pone Homero en la *Iliada*. De hecho, la principal diferencia entre la *Batracomiomaquia* y la *Iliada* es un problema de escala: los héroes de la *Batracomiomaquia* son animales despreciables, ranas y ratones, descritos grandilocuente y grotescamente<sup>3</sup>.

Es obvio que aunque el énfasis del autor resida en los arcaísmos y exageraciones del estilo homérico, su sátira se extiende también al contenido de la épica: así hay que entender la irreverencia burlesca hacia los dioses olímpicos, la animalización de los hombres y la ridiculización de los poetas que glorifican las proezas militares.

Determinados humanistas del Renacimiento europeo apreciaron este poema, sobre todo cuando, de acuerdo con el canon aristotélico, quisieron componer obras en estilo «humilde». Al entusiasmo por la época antigua se une, en algunos casos, el apego a la tradición milenaria del arte de la ironía en la Literatura. Pero aquí sí hay una diferencia apreciable entre los escritores del Renacimiento y los poste-

<sup>1</sup> Para todo lo referente a problemas de datación, interpolaciones y autoría de *La Batracomiomaquia*, v. la introducción de Alberto Bernabé a su edición castellana *Himnos homéricos. La «Batracomiomaquia»*, Madrid, Gredos, 1978, págs. 317-320.

<sup>2</sup> Gilbert Highet, *The Anatomy of Satire*, Princeton, New Jersey, Princeton University Press, 1962. V. especialmente págs. 80-92.

<sup>3</sup> Alberto Bernabé ha visto con detenimiento los varios recursos parodiados en el poema, así como la deuda de éste a diversas tradiciones preexistentes. V. *ob. cit.*, págs. 317-325.

riores. Para los humanistas del siglo XVI lo que llama sobre todo la atención del poema es la posibilidad de escribir sobre un tema trivial y darle el mismo tratamiento retórico que exigiría un tema elevado: hacer «de mosca, elefante», como López Pinciano<sup>4</sup> dice a propósito del *Elogio de la mosca* de Luciano. El ejemplo más ilustre del siglo XVI, dentro de la larga tradición de los encomios paradjicos, es el *Elogio de la locura* de Erasmo, donde la *Batracomiomaquia* ofrece el amparo necesario de una «autoridad» antigua<sup>5</sup> para legitimar los ejercicios irónicos y formales del autor. El procedimiento hizo fortuna en toda Europa y, como ha visto Ulrich Broich<sup>6</sup>, hay imitaciones notables en el Renacimiento inglés y alemán.

El siglo XVII introduce, en cambio, un contenido ejemplar más evidente<sup>7</sup>: a la función legitimadora del modelo y a la parodia de una especie literaria los autores suelen unir una parodia de contenido más claro, bien sea la sátira de usos o costumbres sociales, la crítica de la inutilidad de la guerra o, simplemente, la censura de la estupidez humana. En esta época se encuentran los ejemplos más acabados de epopeya burlesca con personajes animales<sup>8</sup>.

## II. LA «BATRACOMIOMAQUIA» EN «EL CROTALÓN»

Así visto, el ejemplo de *El Crotalón* ofrece, dentro del Renacimiento castellano, un interés especial, pues en él se observa una singular y precoz influencia de la *Batracomiomaquia* no concebida como simple juego retórico, sino uniendo a ello una carga muy sensible de sátira antimilitar.

El autor anónimo confiesa basarse en el poema antiguo para la redacción de la batalla entre ranas y ratones que introduce en el canto VIII de su diálogo<sup>9</sup>.

<sup>4</sup> A. López Pinciano, *Philosophia Antigua Poética*, ed. Alfredo Carballo Picazo, Madrid, CSIC, 1973, 3 vols. Cita en II, págs. 206-207.

<sup>5</sup> Es sabido que la atribución a Homero hizo fortuna desde muy pronto y hasta no hace mucho. V. A. Bernabé, *ob. cit.*, págs. 317-318.

Erasmo se ampara en la supuesta autoridad de Homero y en el procedimiento burlesco del poema para justificar las paradojas irónicas y retóricas de su *Elogio*. V. su prefacio a Tomás Moro, *Elogio de la locura*, ed. Oliveri Nortes Valls, Barcelona, Bosch, 1976, págs. 74-75.

<sup>6</sup> Ulrich Broich, «*Batracomyomachia* und *Margites* als literarische Vorbilcher», *Lebende Antike*, Berlín, 1967, págs. 250-257 (traducido para mí por Birgit Heinke). Así, también el *Froschmeuseler* de Georg Rollehagen (1595) y otros ejemplos posteriores que recoge A. Bernabé, *ob. cit.*, págs. 324-325.

<sup>7</sup> V. U. Broich, «*Batracomyomachia* und *Margites*...», págs. 254 y ss.

<sup>8</sup> El agotamiento de los mitos clásicos juega un importante papel en *La Mosquera* de Villaviciosa. En *La Gatomaquia* de Lope, aunque existe una parodia —bastante literal a veces— de la epopeya antigua y de la épica caballeresca, la sátira costumbrista de ese argumento de enredo entre felinos adquiere una preponderancia mucho más llamativa. Otros ejemplos de épica burlesca, coetáneos o posteriores pero de menor influencia y pretensiones que los citados: Gabriel Álvarez de Toledo, *La burromachia*; Pedro Silvestre del Campo, *Proserpina*; Juan de la Cueva, *La muracinda*, y Francisco Nieto Molina, *La perromaquia*.

<sup>9</sup> V. el «argumento» del Canto VIII. «Gnophoso» atribuye *La Batracomiomaquia* a Homero, como fue costumbre. Ignoro si el autor tenía un conocimiento tan profundo del griego como para leer el poema en lengua original, pero no parece imposible puesto que la primera traducción castellana, fragmentaria, es de Juan de la Cueva (Sevilla, 1603-1604). V. López de Sedano, *Parnaso Español* (Madrid, 1768-78), 9 tomos; v. VIII, pág. xviii. J. Pallí Bonet, *Homero en España*, Barcelona, 1953, pág. 77. Otras traducciones de *La Batracomiomaquia*, *ibidem*, páginas 21, 57, 81-82 y 90. Theodore S. Beardsley, J., no documenta ninguna en su *Hispano-classical translation printed between 1482 and 1699* (Pennsylvania, 1970). Tampoco conozco la existencia de una traducción latina o italiana que pudiera llegar a manos del autor. V. A. Bernabé, *ob. cit.*, pág. 325.

Aunque «Gnophoso», como muchos de sus contemporáneos, gusta de llamar imitados («contrahechos») a episodios que son verdaderas traducciones —de Luciano y Ariosto— sobre todo, éste no es el caso. Se trata más bien de una imitación libre y prosificada de la fuente, pues introduce variaciones muy significativas y recrea y adapta el poema a la Europa de su momento.

a) *La deuda formal con la «Batracomiomaquia»*

En la medida que mantiene los elementos narrativos fundamentales de su modelo, presenta una estructura muy cercana a él: una introducción a la historia con la presentación de la vida de ranas y ratones y tres partes que, a su vez, contienen unidades menores (v. *Apéndice*). Esta estructura es, junto con la intriga, la mayor deuda formal del autor castellano, al margen de la cual es difícil encontrar otros rasgos comunes.

Lo más importante es resaltar que mientras el escritor antiguo es consciente de estar parodiando un género presente en su universo literario y, por tanto, necesita emplear de forma rígida los recursos épicos para conseguir modificar su sentido, el autor de *El Crotalón* no se siente constreñido por dichos preceptos y, en consecuencia, «novela» a su gusto precisamente las partes más narrativas del poema clásico. Una gran diferencia de partida es que «Gnophoso» prosifica a su modelo, con lo cual se eliminan, de entrada, recursos formales exclusivos de la dicción poética. Como es lógico, en *El Crotalón* no existe el proemio, con la invocación a las musas y el argumento; pero hay más: desaparecen conversaciones claves en estilo directo; tampoco se encuentran escenas características de la épica antigua, como el anuncio de la guerra, el armamento del guerrero en orden fijo, el encuentro de dos campeones en combate singular, la autoexhibición de un héroe en el campo, la descripción de combates individuales en secuencias cortas, el recurso al plano divino, y otras. Además, los nombres griegos han sido sustituidos por otros sin relación con los atributos de cada animal; el espacio se concreta en un escenario cristiano-mítico (Palestina y adyacentes) y el tiempo tiene también referente, gracias a una serie de alusiones que remiten a la cronología de la Europa del siglo xvi.

El hecho de que «Gnophoso» no se atenga a las fórmulas rígidas de la epopeya homérica para parodiar no sólo la guerra sino un género literario concreto, no resulta demasiado extraño cuando dicho género le queda tan lejos. Pero al autor tampoco le inquieta el contenido y forma de las grandes epopeyas medievales que pudo conocer a través de las derivaciones renacentistas italianas<sup>10</sup>. Lo mismo ocurre con los libros de caballerías, cuyos determinantes genéricos tampoco dejaron huella en este relato.

Por otra parte, la poesía épica castellana renacentista y barroca aún no ha producido sus grandes obras, ya que, como es sabido, es un género prolífico pero llamado a desarrollarse *a partir* del reinado de Felipe II, es decir, justo después

---

<sup>10</sup> El *Orlando Furioso* de Ariosto es, después de Luciano, la fuente más importante de *El Crotalón*. Por otra parte, si conoció los *Ragionamenti* de Aretino, bien podía conocer su *De le lagrime d'Angelica* o su *Orlandino* (1540). Para ver la adaptación de la epopeya clásica en el Renacimiento es muy interesante el trabajo de John M. Steadman, «Achilles and the Renaissance Epic. Moral Criticism and Literary Tradition», *Lebende Antike*, Berlín, 1967, págs. 139-154. Y ahora Antonio Prieto, *Coherencia y relevancia textual. De Berceo a Baroja*, Madrid, Alhambra, 1980. V. cap. III, donde se analiza el origen de la épica a partir de lo que Prieto llama el «canon de Ferrara» (Boiardo y Ariosto) y las transformaciones que el canon sufre al insertarlo en la tradición histórica y cultural hispánica.

de ser compuesto *El Crotalón*<sup>11</sup>. Las primeras «caroliadas» son de 1560 y 1566, pero el mejor y más famoso poema histórico, la *Austriada* de Juan Rufo, es de 1584. Para encontrar un remedo burlesco de la épica solemne, antigua o moderna, hay que esperar a José de Villaviciosa y su *Mosquea* (1615) y, para hablar de épica burlesca madura y aún hoy ejemplo de destreza literaria hay que llegar a Lope y su *Gatomaquia* (1634).

Sin embargo, si «la épica burlesca vive y se justifica por la existencia de la épica seria»<sup>12</sup> habría que encontrar el punto de referencia que justifique literaria, histórica e ideológicamente el combate de las ranas y los ratones de *El Crotalón*.

F. Pierce muestra cómo los primeros poemas históricos y la épica de asunto americano se sirven abundantemente de un género histórico, las crónicas, «ya convertido en “literario”»<sup>13</sup>. *La Carolea* y el *Carlo Famoso* se valieron hasta tal punto de relatos históricos contemporáneos que Pierce los calificó de «Crónicas rimadas»<sup>14</sup>. Es, creo, inevitable, que los cultivadores de épica culta, especialmente aquellos que aspiran a cantar hechos contemporáneos, tengan una fuente de inspiración inagotable en la gigantesca materia épico-heroica que encierra toda la historiografía del reinado del Emperador. El mismo «Gnophoso» se vale de ese material heroico para redactar sus «profecías históricas» sobre las victorias de Carlos V en el Canto VI de su diálogo. No tiene, pues, mucho de extraordinario que el tono paródico de sus ranas y ratones represente en momentos la cara burlesca de la historiografía oficial o de sus propias profecías carolinas del Canto VI. Si pudiera hablarse de «escenas típicas» de las crónicas como de «escenas típicas» de la épica homérica, algunas de éstas se encontrarían en la guerra de batracios de *El Crotalón*<sup>15</sup>. Tiene, por ello, interés, establecer como uno de los puntos de referencia «solemnes» de la batalla de ranas y ratones de *El Crotalón*, la gran historiografía carolina.

## b) *Los cambios de contenido*

Pero más importante que la coincidencia de estructura entre *El Crotalón* y la *Batracomiomaquia*, o entre el primero y determinados recursos formales de la historiografía del Emperador es, precisamente, ver lo que separa al texto renacentista de su modelo antiguo. En el autor castellano existe un esfuerzo consciente por inventar y por adaptarse al ambiente histórico y cultural de sus «lectores»,

---

<sup>11</sup> Hay que fechar *El Crotalón* entre los años de abdicación de Carlos V y la subida al trono de Felipe II, es decir, entre 1555 y 1558-9, como ya he expuesto en otro lugar. Véase «“Gnophoso” contra Dávalos: realidad histórica y fuentes literarias (Una alusión oscura en el Canto XI de *El Crotalón*)», *RFE*, LXI (1981), págs. 159-184, especialmente nota 7, *passim*.

Los primeros poemas históricos no se escriben hasta la década de los 60: Hyerónimo Sempere, *La Carolea* (Valencia, 1560), y Luys Zapata, *Carlo Famoso* (Valencia, 1566), y hay que esperar a 1584 para la culminación del género: Juan Rufo, *La Austriada* (Madrid, 1584). V. F. Pierce, *La poesía épica del Siglo de Oro*, Madrid, Gredos, 1961, y en especial su catálogo, en págs. 328 y ss.

<sup>12</sup> F. Pierce, *Ibidem*, pág. 319.

<sup>13</sup> *Ibidem*, pág. 282.

<sup>14</sup> *Ibidem*, pág. 280.

<sup>15</sup> Por ejemplo, la distribución de los ejércitos de ranas y ratones y el nombramiento de los capitanes más señalados podría compararse sin esfuerzo con las mismas descripciones de batallas señaladas (Pavía, toma de La Goleta y otras...) en los principales cronistas del reinado: Sandoval, Mexía, Oznaya, García Cereceda, Santa Cruz, etc.... El caso de Sandoval es más significativo por cuanto es el que redacta con más pretensiones literarias y sumerge al lector en momentos de impresionante tono caballescico.

para lo cual introduce nuevos contenidos que singularizan a su diálogo como obra literaria.

En primer lugar hace una caracterización de los animales en liza que no existe en el poema clásico; matiza los motivos de la guerra (el paseo por el agua y las razones de él), pues las ranas, inicialmente pacíficas, caen presas de un desasosiego repentino que les lleva a burlarse premeditadamente de sus vecinos, ahogando a veinte de ellos con alevosía<sup>16</sup> por el mismo procedimiento que en una fábula de Esopo, es decir, atarlos a su cuerpo con una cuerdecita y bucear hasta asfixiarlos<sup>17</sup>. Además, el final de la batalla es deliberadamente ambiguo.

Ahora bien, lo más sugestivo de esta batalla es el número abundante de claves que el autor da para que su texto se lea, en un segundo plano de análisis, como sátira antimilitar, parodia de la guerra en sí misma y, quizás, de la guerra entre príncipes cristianos. En esas ironías se encuentra la base de la intención del episodio.

Conviene aclarar que tales referencias, tomadas una a una, no son lo suficientemente transparentes como para pensar en una única empresa carolina vista paródicamente. Si se analizan en conjunto remiten, en cambio, a cualquier arquetipo de batalla imperial, gloria o fracaso. Algunos de los chistes del autor envían a una cronología aproximada a la de la batalla de Pavía de 1525<sup>18</sup>, al menos como límite *a quo*, sin que pueda pensarse que el autor haya pretendido escribir una versión burlesca de la empresa histórica citada. En la relación paródica de «Gnophoso» hay, como en toda gran guerra renacentista, alianzas y mercenarios, burlas sobre los caracteres nacionales, descripción de las tropas y la salida al combate, alusiones a los procedimientos bélicos, corruptelas en la justicia o consejos militares. A través de estas pinceladas satíricas inconfundiblemente contemporáneas el eventual lector castellano podía hacer suyo el texto griego:

---

<sup>16</sup> La rana ha sido también en cierta tradición literaria el símbolo de animal pacífico y sin defensas, no sólo parlero. Quizá pacífico por ser cobarde, como explican Plutarco («Grilo», *Moralia*, 4) y «Gnophoso» al final del Canto VIII de *El Crotalón*. Según este último, «No hazíamos sino salir a la orilla al sol y estendernos con mucho placer, y a su hora tornarnos a entrar en toda quietud» (G, f. 79, NBAE 203 b). (De ahora en adelante cada vez que se cite la obra remitiré entre paréntesis a los folios del manuscrito de Gayangos —BNM 18345— y a las páginas de la ed. de M. Menéndez Pelayo, *Orígenes de la novela*, VII, tomo II, Madrid, Bailly-Baillière, 1931.) Así están también las ranas del Arcipreste de Hita: «Las ranas en un lago cantavan e jugaban, / cosa non les nuzia, bien solteras andavan» (Juan Ruiz, *Libro de Buen Amor*, ed. Raymond S. Willis, U. S. A., Princeton University Press, 1972, pág. 63, estr. 199.)

«Gnophoso» inviste después a sus ranas de una premeditación ausente del poema clásico, aunque sí parece estar sobreentendida en la fábula esópica. V. el texto en A. Bernabé, *ob. cit.* página 320.

<sup>17</sup> Este detalle no está en *La Batracomiomaquia* y «Gnophoso» tuvo que tomarlo de Esopo o de algún intermediario. Existen varias traducciones que pudo conocer de la *Vida* y fábulas de Esopo desde la primera de Rinuccio Aretino en 1446 y 1448. V. para más detalle, la introducción de Pedro Bádenas de la Peña a su traducción castellana, *Fábulas de Esopo. Vida de Esopo. Fábulas de Babrio*, Madrid, Gredos, 1978, págs. 182-185.

<sup>18</sup> John M. Sharp, en su excelente tesis inédita *A Study of El Crotalón: its Sources, its Ideology and the Problem of its Authorship* (Diss. Chicago, 1949), denuncia la posibilidad de que el autor parodie las victorias de Pavía o Túnez en la designación de oficiales de los ejércitos de ranas y ratones (v. fols. 289-290), pero sólo concreta en este caso. Ni que decir tiene que no puede tenerse en cuenta la disparatada y no argumentada sugerencia de Maxime Saludo sobre el sentido de este episodio, a saber, la tentativa frustrada de Leone Strozzi de hacer raptar por el corsario Dragut al Delfín de España (1). V. M. Saludo, *Misteriosas andanzas atunescas de «Lázaro de Tormes» descifradas de los pseudo-jeroglíficos del Renacimiento*, San Sebastián, Izarra, 1969, pág. 84.

## 1.º *La corrupción de la justicia*

«Gnophoso» pinta la condena a muerte de las ranas culpables del «raticidio» y presenta, así, una detención y un proceso judicial característicos de la Castilla de 1500: algunas de las asesinas son detenidas

... de las quales —dice el autor— se tomó confesión por saber si algún señor particular les mandó hazer aquel daño. Y como ellas confessaron que de su proprio motu y malicia lo auían hecho, fueron condenadas a muerte; y avn se quiso dezir que algunas de aquellas ranas que fueron presas, por ser hijas de personas señaladas fueron secretamente sueltas y ausentadas, porque vntaron las manos a los juezes y avn a los escriuanos, en cuya mano dizen que está más çierto poderse hazer, y así escaparon las vidas del morir. (G, f. 79 v.-80; NBAE, 204 a-b.)

Por si la crítica a la corrupción de la justicia, tan frecuente en autores erasmistas y filo-erasmistas, no estuviera suficientemente clara, Micilo remata la ambientación castellana:

(...) Por çierto, gran descuydo es el que passa en el mundo el día de oy, que siendo vn officio tan prinçipal y caudaloso el del escriuano, y tan necessario que esté en ombre de fidelidad para que todos viuan en paz y quietud, consenten y permiten los prinçipes criar notarios y escriuanos hombres viles y de ruynes castas y suelo, los quales por pequeño interés peruierten el derecho y justicia del que la ha de auer, y sobre todo los proueen de los officios más prinçipales y de más peligro en su reyno, como es de escriuanías, de chancellerías, y consejos, y regimientos, y gouiernos de su hazienda y república, lo qual no se auía de hazer por ninguna manera pues en ello va tan gran interés y peligro. (G, f. 80; NBAE, 204 b.)

Tras el exabrupto de Micilo contra los jueces y escribanos castaviles, dato inconfundible de «españolización», el gallo cuenta cómo un día al amanecer, tras ser pregonadas por un pregonero «fueron públicamente degolladas» (G, f. 80; NBAE, página 204 b). Habría, pues, motivos para que un lector identificara a las ranas con los españoles.

## 2.º *Los caracteres nacionales*

Esa ambientación del episodio, junto con otros detalles de los que me ocupo después, inclina a pensar que el autor ha introducido sutilmente la sátira de los caracteres nacionales. Si un lector podía identificar a las ranas con los españoles (o al menos con su sistema jurídico y —como luego se verá— con su sistema de alianzas), no le debía ser menos grato al autor el tipo de juegos y sobreentendidos a los que esto se prestaba. La opinión que algunos hombres de los siglos XVI y XVII tienen de los españoles no difiere en mucho de las «cualidades» que tradicionalmente se atribuyen a la rana, como animal vocinglero y hablador por naturaleza.

Así, por ejemplo, Paulo Jovio, al que nunca cegó la pasión por los imperiales (principalmente si eran españoles) caracteriza a los soldados de nuestros tercios que combatieron en Pavía como intrínsecamente «habladores». Cristóbal de Villalón dice en *El Escolástico* que los castellanos «entre todas es la gente más simuladora y parlera»<sup>19</sup>. Para muchos de los escritores de los Siglos de Oro, la locuaci-

<sup>19</sup> V. Paulo Jovio, *Historia general de todas las cosas ocurridas en el mundo en estos cincuenta años...*, traducida al castellano por el licenciado Gaspar de Baeça, Salamanca, 1562-1563,

dad era, según los puntos de vista, cualidad o falla nacional. Una característica de nuestros antepasados, según Gracián, era «el hablar mucho, alto y hueco»<sup>20</sup>. Para Francisco Santos «... hablar alto de modo que lo oigan los muchachos del Limbo, de ordinario»<sup>21</sup>. Un criado de Lope en *El laberinto de Creta* se expresa en estos términos:

Verdad es que las moví  
Con tan ilustre parola,  
Como si fuera española  
La provincia en que nací;  
Porque dicen que hay en ella,  
Y escriben graves autores,  
Los mayores habladores  
Que la verdad atropella<sup>22</sup>.

Valgan estos testimonios en cuanto a la labia española en general, pues, cuando la procedencia se diversifica por zonas del país las citas también se multiplican<sup>23</sup>.

«Gnophoso», como dijimos, caracteriza además a las ranas como vehementes y belicosas una vez perdida, inexplicablemente, su templanza inicial. También es ésta la opinión que tienen de sus conciudadanos algunos españoles de los Siglos de Oro. Castillo de Bobadilla dice que «son bulliciosos y belicosos y no tan súbditos ni mansos que sin cosquillas de revés lleven el yugo de la obediencia»<sup>24</sup>. Coléricos, impulsivos e impacientes, sobresalen por su ingobernabilidad, sobre todo si son castellanos. Así, Luis de Pinedo comenta: «Ni Aragón se puede desordenar, ni Castilla ordenar»<sup>25</sup>.

Volviendo a *El Crotalón*, si las ranas son los españoles y vecinas de los ratones, supongamos, por un momento, que éstos representaran en el texto a la Francia de Francisco I. Es ésta la suposición más sencilla considerando la globalidad de la política imperial<sup>26</sup>, dado que el conflicto más largo y sostenido, el que más vícti-

2 vols. La cita dice: «... el Marqués (de Pescara)... trayendo sus soldados cansados de la asperanza de los caminos, los cuales como son habladores...» (fol. 301 v.). Y Cristóbal de Villalón, *El Scholástico*, ed. de R. H. Kerr, Madrid, CSIC, 1967. Cita en V, iv, pág. 171.

<sup>20</sup> V. Baltasar Gracián, *El Criticón*, I, 13, Renac., I, pág. 178. V. Miguel Herrero García, *Ideas de los españoles del siglo XVII*, Madrid, Gredos, 1966<sup>2</sup>, pág. 80.

<sup>21</sup> V. Francisco Santos, *Periquillo el de las gallineras*, Valencia, 1704, pág. 248. Ap. M. Herrero, *Ideas...*, págs. 80-81.

<sup>22</sup> V. Lope de Vega, *Laberinto de Creta*, II, R. Acad., VI, pág. 123 b. Ap. M. Herrero, *Ideas...*, pág. 185.

<sup>23</sup> V. por ejemplo, el *Viaje de Turquía*, donde se dice que los vizcaínos «parlan siempre a troche y moche y ninguno calla, sino todos hablan» (cap. XII, pág. 306), Madrid, Cátedra, 1980. En Andalucía —dice Gracián— «de cuatro partes, las cinco son palabras» (*Criticón*, II, 3. Renac., I, pág. 237. Ap. M. Herrero, *Ideas...*, pág. 186). Es la locuacidad característica sobresaliente del andaluz, y proliferan los ejemplos. *Ibidem*, págs. 186-187.

<sup>24</sup> Castillo de Bobadilla, *Política para corregidores*, L. I., cap. VI, Madrid, 1775, pág. 84 b. Ap. M. Herrero, *Ideas...*, págs. 81-82.

<sup>25</sup> Luis de Pinedo, *Libro de chistes*, en *Sales Españolas*, I, Colección de escritores castellanos, Madrid, 1890, pág. 316. Para todo lo relativo a la impulsividad e ingobernabilidad, véase M. Herrero, *Ideas...*, págs. 94 y ss. y 111 y ss. Sobre la arrogancia y belicosidad de los andaluces, *Ibidem*, págs. 179-197.

<sup>26</sup> V. entre otros, Henry Lapeyre, *Charles Quint*, París, PUF, 1973, págs. 29 y ss., donde se muestra cómo Francia preocupó al Emperador mucho más que el Turco, a pesar de tener, en el segundo caso, una justificación religiosa que no existía en el caso de Francia. También le preocupó ésta más que los príncipes alemanes, al menos durante la primera mitad de su mandato. El enfrentamiento que dividió a los Valois y a los Habsburgo trascendió —desde luego— de una rivalidad personal, puesto que continuó bajo Enrique II, pero esa rivalidad tuvo una enorme importancia.

mas y más dinero costó fue el de las guerras con Francia. El sentimiento anti-francés sale a relucir varias veces a lo largo de *El Crotalón*<sup>27</sup>, y aunque tampoco escatima las ocasiones de vilipendiar al Turco y a los protestantes, la preocupación dominante de «Gnophoso» es paralela a la de los grandes políticos del reinado, es decir, Francia.

Pero dejaremos a un lado, por ahora, a los franceses y a los ratones, a los que volveremos más adelante.

### 3.º *Las alianzas*

Las ranas tienen un ejército aliado, el de los barbos. «Gnophoso» habla de ellos como soldados:

... todos escogidos y muy pláticos en la guerra, que se hallaron en las batallas que vuieron los atunes en tiempo de Lázaro de Tormes con los otros pescados. (G, f. 83 v; NBAE, 207 b)<sup>28</sup>.

Esta alusión remite al anónimo *Segundo Lazarillo*, en el que Lázaro se convierte en atún tras el naufragio de la flota con la que embarca en Cartagena para ir a servir al Emperador en la campaña de Argel. Esta expedición, acacida en 1541, fue uno de los mayores fracasos de Carlos V. De ahí la gran ironía que supone el traerlo a colación como forma de ganar honra para el protagonista del *Segundo Lazarillo*, y como forma de encarecer la experiencia militar de los barbos en *El Crotalón*. «Gnophoso», con esta nueva «españolización» está invitando al lector a que relacione a estos pescados con unos mercenarios aliados de los imperiales, y quizá satiriza también este fracaso carolino. Dada la experiencia militar que se atribuye a los barbos podría pensarse en una alusión irónica a los lansquenetes. Estos, a la altura de la batalla de Pavía, tenían a su frente al coronel austriaco Jorge de Frundsberg y fueron solicitados por el campo imperial y enviados como guarnición de socorro por Fernando, Rey de Romanos, a principios de enero de 1525<sup>29</sup>. El papel de los tudescos en Pavía consiste sobre todo, como el de los barbos, en estarse «quedo en el campo, para acudir donde fuese necesario»<sup>30</sup>. De hecho, recogen a los arcabuceros españoles desmandados<sup>31</sup>.

No obstante, para evitar un exceso de identificación entre la guerra burlesca de «Gnophoso» y la batalla de Pavía histórica, conviene recordar que tanto los

<sup>27</sup> V. sobre todo los Cantos I, V, VI y XVI, donde hay varias referencias.

<sup>28</sup> La *Segunda parte de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades* se publica en Amberes en 1555. Nótese que esta alusión sólo se encuentra en el ms. G de *El Crotalón*, el que parece posterior de los dos del siglo XVI conservados. Aunque en esta *Segunda parte* los atunes cuentan con diversos peces aliados no se dice, en ningún lugar que los barbos se encuentren entre ellos, lo cual es lógico por ser pescados de agua dulce.

<sup>29</sup> V. Fray Prudencio de Sandoval, *Historia de la vida y hechos del Emperador Carlos V*, ed. Carlos Seco Serrano, Madrid, BAE, 1955, II, págs. 66 b-67 a. Juan de Oznaya, *Historia de la guerra de Lombardía, batalla de Pavía y prisión del rey Francisco de Francia*, Codoín, XXXVIII, págs. 289-403; v. pág. 344. Pero Mexía, *Historia del Emperador Carlos V*, ed. Juan de Mata Carriazo, Madrid, Espasa-Calpe, 1945, págs. 363 y 373-74. *Tratado de las campañas y otros acontecimientos de los ejércitos del Emperador Carlos V en Italia, Francia, Austria, Berbería y Grecia, desde 1521 hasta 1545, por Martín García Cerezeda, cordovés, soldado en aquellos ejércitos*, Madrid, SBE, 1873-1876, I, pág. 101. Fernando, rey de romanos, hará valer ante el Emperador su cooperación a la guerra de Italia: v. *Corpus documental de Carlos V*, ed. Manuel Fernández Álvarez, Salamanca, CSIC, 1973, I, nota 39, págs. 98-99.

<sup>30</sup> P. de Sandoval, *Historia...*, pág. 84 a.

<sup>31</sup> *Ibidem*.



lansquenetes como los soldados viejos de Italia sirvieron de soporte imprescindible al bando imperial en cuantas batallas emprendió Carlos V<sup>32</sup>.

Los ratones tendrán asimismo sus aliados, como luego se verá.

#### 4.º Régimen interior de las tropas

«Gnophoso» hace el siguiente elogio del régimen interno de los ratones:

Porque esto tienen los ratones, que son muy obedientes a sus mayores; porque al que no lo es le despedazan todos con los dientes, ni es menester para el castigo de tal delito que venga particular pesquisidor ni executor de la corte, porque luego es el tal delincente castigado entre ellos con la muerte, y ansí no se osa ninguno desmandar. (G, f. 81; NBAE, 205 a)<sup>33</sup>.

Esta afirmación sobre la obediencia de los ratones adquiere en el texto el sentido de acusación indirecta a la indisciplina de las ranas, sobre todo si se sabe cómo la obediencia no fue la cualidad fundamental de los soldados de los tercios españoles, quienes, a lo largo de los reinados de los primeros Austrias llegaron a distinguirse por sus algaradas y motines, como consecuencia —sobre todo pero no sólo— de la falta de pagas<sup>34</sup>.

#### 5.º Procedimientos bélicos

La declaración de guerra de los ratones se hace con pocos preámbulos: es más bien una disuasión por la fuerza a base de la táctica de escaramuzas:

<sup>32</sup> V. por ejemplo, Gonzalo de Illescas, *Jornada de Carlos V a Túnez*, Madrid, Edición Estereotípica, 1804, pág. 15.

<sup>33</sup> Lo mismo piensa Gracián, *Criticón*, II, 8. Renac., II, pág. 16: «Son dóciles. / Sí; pero fáciles.» (Ap. M. Herrero, *Ideas...*, págs. 414-415). Lo curioso es que esta opinión de «Gnophoso» se aparta de cierta tradición literaria que piensa, desde Plinio —y luego en los bestiarios—, que el ratón es el animal de tierra más incontrolable de todos los creados. V. T. H. White, *The Bestiary. A Book of Beasts being a translation from a Latin Bestiary of the twelfth century made and edited by —* (New York, G. P. Putnam's Sons, 1960<sup>14</sup>), pág. 91.

<sup>34</sup> «El motín, a menudo perfectamente organizado, fue endémico en el ejército español del siglo XVI y en general delataba la imposibilidad en que se encontraba el gobierno de pagar a las tropas» (V. John Lynch, *España bajo los Austrias*, Barcelona, Península, 1973<sup>2</sup>, I, pág. 107). V. también Geoffrey Parker, *The Army of Flanders and the Spanish Road 1567-1659*, Cambridge, Cambridge University Press, 1972, en especial Part II, chap. 8, «Munity», págs. 185-206. El número de citas de historiadores del siglo XVI que podrían traerse a colación es abrumador, hasta en los menos proclives a reconocerlo como vicio nacional. Remito a mi trabajo «Gnophoso contra Dávalos...», ya citado, donde se trata el tema con más detenimiento. Lo cierto es que, a la postre, la víctima de la escasez era la población civil, según el impresionante documento de Páez de Castro: «Vinieron los soldados a haberse muy insolentes en Milán y entráronse en vna casa de vn oficial y pedían vestidos, y comer, y cenar y dormir. Y lleváronle quanto tenía. Este salió y alteró a todo el pueblo tanto que pelearon todo vn día (*tachado ilegible*) tanto que los soldados se querían ausentar, y los generales trataron de dexar la tierra. Y poco después tovieron otra peor refriega y matauan a cuantos ciudadanos topavan y usavan de los bienes dellos como si fueran suyos. Assí pidieron los ciudadanos que los dexassen salir libres y les dexarían las haciendas. Pero Borbón los apaciguó y les juró solenemente con maldición que la primera pieza que soltassen los enemigos le matasse si no lo cumpliesse, quedándole XXXM (*escudos?*) para la paga de la gente de aquel mes, luego libraría la tierra de las cargas que tenía. Pero después de pagarlos no dexaron de molestar como antes, tanto, que muchos ciudadanos se ahorcaron de verse tan oprimidos. Assí dizen que en castigo deste juramento mataron en Roma a Borbón» (Juan Páez de Castro, *Apuntes históricos, 1517-1559*, ms. inédito de la Biblioteca de El Escorial, & III, 10, f. 46 v.).

... lo víamos por experiencia en nuestro daño, que ningún día auía que no pareçiesen a la costa del lago muchas ranas muertas, porque los ratones se llegauan a ellas con disimulación y con los dientes las hazían pedaços. Y prinçipalmente hazían esto una compañía de malos soldados que de estrañas tierras el rey auía traydo allí de vn su amigo y aliado, gente muy belicosa y de gran ánimo que ninguna perdonauan que tomassen delante de sí. (G, f. 81; NBAE, 205 a.)

«Gnophoso» alude aquí, además de a la táctica de escaramuzas, al papel de los mercenarios<sup>35</sup>. Hoy sabemos que el procedimiento bélico de la escaramuza apareció y se puso de moda justo por los años de Pavía y, como explica Elton, a la larga tuvo consecuencias importantísimas: Pavía marca justo el declinar de la guerra de maniobras a gran escala, típica de los treinta años de contiendas en Italia hasta 1525, y el paso a la guerra de tácticas más elaboradas: la escaramuza, la guerra de asedio, los trabajos de mina y zapa, etc.<sup>36</sup>.

Es fácil documentar con los cronistas carolinos la proliferación de escaramuzas a raíz de la batalla de Pavía<sup>37</sup>. Lo mismo ocurre con los mercenarios. Como la táctica de la infantería cambiaba y los ejércitos de veteranos y profesionales adquirirían importancia por ser los únicos eficaces, los mercenarios continuaron teniendo un papel predominante, sobre todo los suizos y los lansquenetes. Francisco I tuvo el monopolio en el reclutamiento de suizos o grisones desde 1521, como Carlos V tuvo el de los lansquenetes<sup>38</sup>. Ambos profesionales de la milicia tenían fama de temibles, turbulentos e ingobernables<sup>39</sup>, pero combatían impecablemente a condición de que se les pagara. Aun así, la referencia de «Gnophoso» a la «compañía de malos soldados» podría también entenderse como alusión malévola a la alianza de Francisco I con los turcos, concluida a finales de 1541. En este año se reactivó la guerra imperial contra los otomanos y Francisco I renovó sus pretensiones respecto a Milán. En julio de 1541 el rey cristianísimo envió emisarios a Turquía para concluir una alianza con Solimán. Éstos cruzaron imprudentemente el Milanésado y los soldados del gobernador, llevados por un celo excesivo, los asesinaron. «El asesinato de emisarios en tiempo de paz era cosa inconcebible dentro de las prácticas diplomáticas incluso en el siglo XVI, así que la guerra parecía inminente»<sup>40</sup>. (Tan inminente, y por motivos muy similares, como la que desencadenaran las ranas de *El Crotalón*). Cuando Carlos quiso repetir su triunfo ante-

<sup>35</sup> John M. Sharp piensa que estas palabras de «Gnophoso» se refieren o bien a los lansquenets o bien a los turcos que, como es sabido, mantuvieron en varias ocasiones alianzas de distinto grado y significación con Francia (V. *A Study of Cróton...*, fol. 289).

<sup>36</sup> G. R. Elton, *La Europa de la Reforma. 1517-1559*, Madrid, Siglo XXI, 1967<sup>2</sup>, págs. 80-81.

<sup>37</sup> Todos los cronistas lo registran, probablemente por la novedad. V. J. Oznaya, *Historia...*, página 354. Marco Guazzo, *Historie di tutte le cosse... dell'anno M.D.XXIII fino a'... (1540) occorse nella Italia, Nella Provenza, nella Franza, nella Piccardia, nella Fiandra, nella Normandia, nella Inghilterra, nella Spagna...*, Venetia, 1540, 215 fols., 4<sup>o</sup>; v. f. 8-9 v. P. de Sandoval, *Historia...*, págs. 50 a, 51 b, 57 b-58 b, 60 b, 63 b, 70 a-b, 71 a-b. Pero Mexía, *Historia...*, páginas 304, 333, 335-37, 364, 367-68, 377, 378-79, 380. M. García Cereceda, *Tratado...*, I, página 116 y *passim*. A. de Santa Cruz, *Crónica del Emperador Carlos V*, Madrid, 1920), 2 vols.; V. I, pág. 95. Si bien las escaramuzas se practicaron por ambas facciones es muy cierto que los historiadores ponen de relieve, sobre todo, las de los imperiales, interesados en enaltecer al bando carolino de acuerdo con el nacionalismo al uso. Dada, además, la inferioridad española, la escaramuza permanente es lo único que, durante un tiempo, puede mantener a su ejército y desgastar paralelamente al enemigo. Para la trascendencia de las escaramuzas en la jornada de Túnez, V. G. Illescas, *Jornada...*, pág. 21.

<sup>38</sup> V. G. R. Elton, *La Europa de la Reforma...*, págs. 79-80. También Francisco I contó con alemanes entre sus filas, los llamados «lansquenets de la banda negra», al parecer considerablemente belicosos.

<sup>39</sup> V. Elton, *Ibidem*, págs. 79-80, y G. Illescas, *Jornada...*, pág. 15.

<sup>40</sup> V. Elton, *La Europa de la Reforma...*, pág. 289.

rior contra los corsarios bereberes atacando Argel, su espléndida flota fue destruida por una tempestad y el oeste del Mediterráneo quedó a merced de Barbarroja <sup>41</sup>: la alianza franco-turca pudo así ampliarse a todos los enemigos de los Habsburgo: Cleve, Dinamarca, Suecia, Escocia <sup>42</sup>. Esto, unido al fracaso del ejército alemán en Hungría, decidió a Francisco I a un nuevo ataque frontal, esta vez en los Países Bajos <sup>43</sup>.

## 6.º *Desigualdad de fuerzas en hombres y armamento*

Sigue diciendo «Gnophoso»:

Y así, ordenadas las escuadras que cada vna acometiesse a su tiempo y coyuntura, porque avn siendo mucha gente si va desordenada va perdida, quanto más siendo nosotras pocas en comparación de los ratones, era más neçesario el buen orden y concierto. (G, f. 83 v.; NBAE, 207 a.)

John M. Sharp ya vio en estas afirmaciones unas ironías encubiertas sobre la situación del ejército imperial <sup>44</sup>. Creo, además, que esta referencia al menor número de efectivos en el ejército de las ranas debe, para ver el conjunto del problema, relacionarse con otra divertida burla sobre la escasez del armamento entre las ranas:

Las ranas todas nos dimos a buscar cáxcaras de hueuos por mandado de nuestra reyna, y los baruos a cortar yuncos. Y avnque se hallaron alguna cantidad de cáxcaras no fueron tantas que pudiessen armar a todas; por tanto se mandaron primero proueer los señores y principales ranas y después fueron repartidas las armas por banderas y compañías, pero ninguna fue sin lança, porque los baruos proueyeron de gran copia de yuncos. (G, f. 83 v.; NBAE, 207 a.)

De manera que el autor nos dice que el ejército de las ranas era menor que el de los ratones, y que su falta de armas les llevaba a sacar al campo a la tropa desarmada, o deficientemente pertrechada, y sólo bien provistas a las ranas principales. Estas burlas me parecen muy significativas de lo que fue, según las versiones de los cronistas sin excepción, un hecho real en la jornada del Milanesado y especialmente en Pavía, más que en ninguna otra gran campaña imperial <sup>45</sup>. Hasta

<sup>41</sup> Para el clima de terror sembrado por la flota franco-turca en el Mediterráneo, V. Elton, *Ibidem*, pág. 290.

<sup>42</sup> *Ibidem*, pág. 289.

<sup>43</sup> Si me he extendido en estos detalles es por el sugerente paralelo que puede establecerse entre este conflicto diplomático de franceses y españoles y los motivos de la guerra de batracios en *El Crotalón*. Recuérdese, además, que la alusión a los barbos compañeros de los atunes de Lazarillo remite también a la expedición de Carlos V a Argel (1541).

<sup>44</sup> V. John M. Sharp, *A Study of El Crotalón...*, fol. 298.

<sup>45</sup> V. Juan de Oznaya, *Historias...*, pág. 360. Juan Páez de Castro, *Apuntes históricos...*, fol. 46 r. A. de Santa Cruz, *Crónica...*, I, pág. 95. P. Mexía, *Historia...*, págs. 300-301, 359-60, 367, 382. P. de Sandoval, *Historia...*, II, págs. 49 b, 53 a-b, 54 b, 70 b, 72 b. M. García Cereceda, *Tratado...*, I, págs. 109-110. Francesillo de Zúñiga, *Crónica burlesca del Emperador Carlos V*, ed. Diane Pamp de Avalor-Arce, Barcelona, 1981, pág. 127. Todos insisten en la debilidad numérica por un lado, y en la falta de dinero, vituallas y armamento, por el otro. La mayoría de los medios empleados para facilitar la situación son artesanales (como la acuñación de moneda que hizo Antonio de Leiva por iniciativa propia, o «industrias» de soldados más decididos que sabían ingeniárselas para pasar dinero entre sus ropas, y otras hazañas por el estilo). Lo cierto es que, como los mismos cronistas afirman, es esa escasez de medios la que lleva a Francisco I a evitar la batalla abierta, pensando que, con el tiempo «se desharía el

el punto de que los chistes sobre la debilidad del ejército carolino corren por toda Europa:

Era tan poco el caso que del ejército imperial se hacía, que en este tiempo amaneció puesta una cédula en maestre Paschín de Roma de este tenor:

«Quien quiera que supiere del campo del Emperador, el cual se perdió entre las montañas de la ribera de Génova pocos días ha, véngalo manifestando, y dalle han buen hallazgo. Y donde no, sepan que se lo pedirán por hurto y se sacarán cédulas de excomunión sobre ello»<sup>46</sup>.

### 7.º *Los consejos militares*

Otra de las referencias significativas en *El Crotalón* es la que describe la división de opiniones en el Consejo de las ranas:

A algunas dellas pareció que sería bueno dexar aquella ribera a los ratones y pasarse a la contraria, donde les parecía que no abría quien las dañase. Pero como auía allí ranas de todos los rededores y partes del lago, diéron fe que no auía donde huyr ni poder salir con libertad, porque por todas partes estaua puesta gran multitud de ratones a punto de guerra... (G, f. 81 v.; NBAE, 205 b-206 a.)

Esta asamblea de las ranas puede ser la versión burlesca de no pocos consejos imperiales celebrados en momentos de dificultad. En Túnez, por ejemplo, tiene lugar uno de ellos. La destreza de los contrarios en pelear a caballo, su conocimiento de la tierra y su capacidad para soportar temperaturas elevadas hizo augurar un fracaso seguro a algunos imperiales:

... y tan de veras se imprimió en algunos esta imaginación —dice Illescas—, que no faltó quien pusiese en plática que sería bien dar vuelta para España, sin proceder más adelante en la guerra...<sup>47</sup>.

Estas indecisiones motivaron el célebre «razonamiento» de Carlos V a sus soldados<sup>48</sup>. Otro caso análogo se produce en Pavía; las divergencias entre unos y otros sólo se solventan con la intervención del Marqués de Pescara, cuya autoridad moral se impone al resto<sup>49</sup>. Con motivo del desastre de Argel en 1541 se

ejército del enemigo por falta de dineros» (J. Páez de Castro, *Apuntes históricos...*, f. 46 r.) y aunque ello le forzara a soportar las nada suaves escaramuzas de los imperiales.

<sup>46</sup> V. P. de Sandoval, *Historia...*, pág. 54 b. Lo toma de Oznaya, *Historia...*, pág. 329. Tras la célebre encamisada que dan los imperiales en el campo francés bajo la dirección del Marqués de Pescara, maestre Pasquín rectifica con una nueva cédula en los siguientes términos: «Los que por perdido tenían al campo imperial, sepan que ya es parecido. El cual pareció en camisa un día en amaneciendo muy helado. Y con ir de esta manera se llevaba en las uñas doscientos hombres de armas y otros tantos infantes. ¿Qué harán cuando ya vestidos y armados salieren al campo?» (Sandoval, *Historia...*, pág. 57 a-b, y Oznaya, *Historia...*, págs. 335-336). Para las numerosas descripciones de la inferioridad en Pavía, V. Oznaya, *Historia...*, págs. 335-36, 349-50, 373, 401; Sandoval, *Historia...*, págs. 70 b, 49 b, 72 b, 68 a, 79 a; P. Mexía, *Historia...*, págs. 354, 375-76 y 382; Santa Cruz, *Crónica...*, págs. 95 y 96.

<sup>47</sup> V. G. Illescas, *Jornada...*, págs. 28-29.

<sup>48</sup> *Ibidem*, pág. 29.

<sup>49</sup> V. J. Páez de Castro, *Apuntes históricos...*, f. 47 r: «Tenía el rey (de Francia) gran ejército, tanto que estauan determinados de irse a defender a Nápoles y desamparar lo de Milán si no los animara (?) el Marqués de Pescara.» V. el conjunto de la sesión en P. de Sandoval, *Historia...*, págs. 74 a-75 a, o en J. Oznaya, *Historia...*, págs. 361-363; «de las causas —dice Pescara— para nosotros no poder dilatar ni sustentar la guerra, son tan manifiestas, que no hay necesidad de repetir las, pues todas están ya bien vistas y tocadas...» (*Ibidem*, pág. 362). También se ocupa del tema P. Mexía, *Historia...*, pág. 363.

celebra también un consejo militar en el que casi vencen las propuestas de retirada<sup>50</sup>.

### 8.º *Disposición de tropas y salida al combate*

En *El Crotalón* se describe con ciertos pormenores la designación de oficiales y la disposición de las tropas de uno y otro bando. Así, sabemos que los ratones se distribuyen de la siguiente manera: Lampardo el cruel, como capitán general, con cuarenta mil ratones; Brachimis, con treinta mil; Apopletes, con «otros treinta mil y más», y, por último, «otros señores, príncipes, vasallos y aliados del rey Ambrocós que trayan a cinco y a diez mil» (G, f. 81 v.; NBAE, 205 b).

Por su parte, las ranas se disponen del modo siguiente: la rana protagonista de la reencarnación, experta ya en luchas desde su transmigración anterior en monja, es nombrada capitán general y lleva diez mil ranas de su costa; Marfisa, veinte mil; Marula, otras veinte mil. Además se quedan en la reserva veinte mil ranas con el rey, al que no quieren exponer al peligro, y cinco mil barbos con Galafrón a la cabeza (G, f. 83 v.; NBAE, 207 a-b).

La parodia de esta forma de disponer las tropas es obvia por tópica y remito, como punto de comparación, a los abundantes textos de las crónicas carolinas<sup>51</sup>.

### 9.º *El papel de la Monarquía en el campo*

Existe en *El Crotalón* un chiste muy significativo sobre el rey de las ranas. El texto dice que deciden dejar a su rey en la reserva

porque las ranas en sus batallas y guerras no consienten que sus reyes salgan al peligro hasta que no se puede excusar, que sus capitanes y señores hazen primeros acometimientos y rompimientos de la guerra. (G, f. 83 v.; NBAE, 207 b.)

En un momento en que la guerra tiene aún un componente ideológico medievalizante y la presencia del monarca en el campo es, todavía, un elemento esencial para enardecer a las tropas, podría interpretarse esta referencia como crítica al exceso de «nomadismo» del Emperador. Dice Illescas:

... algunas veces salía su Magestad a correr el campo con harto peligro de su persona, y tanto, que algunos lo tenían a temeridad; como quiera que en la guerra el capitán general, mayormente siendo rey o emperador, el principal cuidado que ha de tener es guardar su salud, porque della pende la de todo el ejército que lleva<sup>52</sup>.

Esta opinión de Illescas es la que las ranas ponen en práctica. Sin embargo, lejos de ser una medida sabia, tiene una clara función irónica en el relato: servir de contraste con la eficaz presencia del rey de los ratones.

Los contemporáneos de «Gnophoso» tuvieron muy en cuenta la ausencia del Emperador cuando el jefe de los contrarios estaba en el campo. En Pavía, por ejemplo, según Pero Mexía

<sup>50</sup> V. Roger B. Merriman, *Carlos V, el Emperador y el Imperio en el viejo y nuevo mundo*, Argentina, Espasa-Calpe, 1949, pág. 204.

<sup>51</sup> V. como descripciones paradigmáticas las de Illescas sobre Túnez (*Jornada...*, págs. 30-31) y Sandoval sobre Pavía (*Historia...*, pág. 79 a-b).

<sup>52</sup> V. G. Illescas, *Jornada...*, pág. 19.

... la parte francesa, allende de la ventaja que tenía en el número de jente, esforçauase mucho con la presencia del rrey y con la nobleza de Franzia, que con él estaua <sup>53</sup>.

Carlos V no escatimó ocasiones en las que participar directamente en los conflictos (La Goleta en 1535, Argel en 1541, Mühlberg en 1547...) y, en expresión de Lapeyre, «ne fut jamais un roi bureaucrate, comme Philippe II» <sup>54</sup>. Sin embargo, dio que hablar en varias ocasiones: otro ejemplo puede ser el de la jornada de Viena en 1532, cuando Solimán *el Magnífico* puso cerco a la ciudad y el Emperador permaneció en Ratisbona. El Sultán hizo circular la versión de que iba a enfrentarse en campo de batalla con su más grande enemigo cristiano, con el que quería medir su espada en combate singular, pero que el encuentro no pudo producirse por que el Emperador permaneció escondido. Esta fue siempre la versión oficial turca, que no es de suponer se tomara muy en serio <sup>55</sup>.

El papel (mal papel) que «Gnophoso» atribuye al monarca de las ranas se limita, pues, al de administrador de justicia: él es quien condena a muerte a sus súbditas alevosas.

#### 10. Resultado impreciso de la batalla

Ya acercándose al final de la batalla, «Gnophoso» explica cómo, de acuerdo con lo previamente convenido entre ranas y barbos, en caso de apuro deben aquéllas retirarse al lago. La medida tiene su fundamento: los ratones no saben nadar y, por tanto, se ahogarían. Además, ahí están los barbos, expertos nadadores, para herirlos a dentelladas. Y tal recurso se pone en práctica, de forma que

... en breue tiempo mataron y ahogaron más de diez mil. (G, f. 84 v.; NBAE, 208 a.)

La muerte masiva de los contrarios, ahogados en medio de una huida desesperada, es frecuente en las batallas campales o navales del reinado del Emperador. Así, por ejemplo, Cereceda describe la huida de los franceses ahogándose en masa en el río Tesín: «Otros —dice— por salvar las vidas, las perdían echándose a pasar por el Ticino, donde se ahogaban...» <sup>56</sup>.

Y quizá eso explicara el final ambiguo que «Gnophoso» da a su batalla. No «matar» a la rana que fue protagonista de los hechos obligaba a contar un final. Si ese final era como el de la fuente clásica, la identificación con alguna batalla concreta hubiera sido demasiado evidente: en *La Batracomiomaquia* <sup>57</sup> las ranas salen victoriosas gracias a la intervención divina <sup>58</sup> que envía a tiempo una escuadra de cangrejos y consigue hacer huir a los ratones. En *El Crotalón*, en cambio, pu-

<sup>53</sup> P. Mexía, *Historia...*, pág. 383.

<sup>54</sup> H. Lapeyre, *Charles Quint*, pág. 23.

<sup>55</sup> R. B. Merriman, *Solimán el Magnífico (1520-1566)*, Argentina, Espasa-Calpe, 1946, páginas 110-112.

<sup>56</sup> M. García Cereceda, *Tratado...*, I, pág. 129. V. también P. Mexía, *Historia...*, págs. 384-85. P. de Sandoval, *Historia...*, pág. 88 a: «Finalmente, con el gran temor que llevaban, se lanzaron casi todos en el río. Y como iba grande, todos se ahogaron, que éstos fueron más de seis mil hombres. Otros, temblando, se venían a poner en manos de españoles.» Y Oznaya, *Historia...*, pág. 393.

<sup>57</sup> *Batracomiomaquia*, versos 268-293 y 294-303.

<sup>58</sup> Las interpretaciones «a lo divino» —juicio de Dios— de la victoria de Pavía, como del Saco de Roma, y otras, son muy numerosas entre historiadores y moralistas. V., por ejemplo, Oznaya, *Historia...*, pág. 389; F. de Zúñiga, *Crónica...*, págs. 125-26.

diendo haber hecho lo mismo, se abandona el modelo para dejar en la imprecisión el resultado final de la batalla:

(Lampardo)... me hizo saltar el yelmo de la cabeza y hincó con tanta furia los dientes y viñas en mí que luego espiré.

Y así no supe en aquella batalla lo que más pasó, aunque sospecho que por grande que fuese el fauor de los baruos, no quedarían los ratones sin satisfacerse bastantemente.

MIÇILO.—Por cierto, gran deseo me queda saber el suceso de la batalla, porque no puedo yo creer que quedasse sin bastante satisfazió la justicia de Dios. (G, f. 84 v. 85; NBAE, 208 a.)

Pero curiosamente el deseo de Micilo no se satisface porque, a continuación ambos interlocutores encuentran en ranas y monjas un pretexto más para extenderse sobre la maldad de las mujeres y preparar el relato de la conversación siguiente. El furor épico-nacionalista que desataron las victorias imperiales más señaladas fue demasiado manifiesto<sup>59</sup> como para poderse permitir burlas evidentes. Además, tampoco está claro que a «Gnophoso» le interesen las evidencias, ya que le divierte dejar en suspense al lector en varias ocasiones, y evitar —siempre por «causas mayores»— asociaciones demasiado unívocas.

### III. ALGUNAS CONSIDERACIONES FINALES

Todo lo dicho lleva a concluir que a la batalla de ranas y ratones de *El Crotalón* asoman contenidos exclusivos del universo literario del Renacimiento y del autor del diálogo, a quien no le preocupa tanto la parodia de un género literario concreto —con el empleo riguroso de sus recursos—, como el tratamiento burlesco de un tema elevado, la guerra, en una Europa desgastada por las contiendas militares. El autor ha hecho una «anticrónica» o una crónica burlesca de la guerra en sí misma y, sobre todo, de la guerra entre príncipes cristianos.

Esto no es extraño en el autor de *El Crotalón*. Su sentimiento pacifista queda sobradamente probado a lo largo de las páginas de su diálogo<sup>60</sup>, permitiéndose, incluso, el mismo tipo de radicalismos que otros tantos defensores de la paz a los que imita: el autor de la *Batracomiomaquia* es uno, pero Luciano, Alfonso de Valdés o Erasmo, también le suministran ideas y metáforas bien conocidas, mediante las cuales se hace portador y depositario de un tipo de racionalismo muy característico.

<sup>59</sup> Es el caso de todos los cronistas y relatores de sucesos, bien en forma de Historia General (o parcial) del reinado, bien en forma de pliegos sueltos o romances. Es significativo sólo el número sorprendente de relatos de Pavía que documenta B. Sánchez Alonso, *Fuentes de la historia española e hispanoamericana*, Madrid, Publicaciones de la RFE, 1952<sup>3</sup>; V. II, páginas 134-150. Hoy no es difícil encontrar aún romances sobre Pavía en la tradición oral catalana (española y francesa). El romancero actual ha dado nuevos colores al suceso de la captura —por traición de los españoles según las versiones de Gerona y Lérida—, y ha novelado el período de la prisión del rey introduciendo factores sentimentales y económicos que afectan a la familia del prisionero y a la cuantía de su rescate (tradición catalana española). En algún caso (Gerona) adquiere nuevos vuelos al hablar de un posible asalto catalán a París. V. Archivo Menéndez Pidal, *Catálogo general descriptivo del Romancero panhispánico*, título: 0250 *Prisión de Francisco I de Francia* (1), cod. /N 32.

<sup>60</sup> V. los cantos II, XIII y XV especialmente.

El hecho de que «Gnophoso» introduzca una «Crónica» burlesca de una gloria imperial arquetípica después de haber compuesto, páginas antes, una «crónica» solemne de las principales victorias militares del reinado del Emperador, no es más que una contradicción aparente y que sólo se produce desde criterios ajenos a su siglo. Quizá incluyó lo uno y lo otro para demostrar que quería y podía practicar cualquier género o especie literaria; porque la razón de fondo se encuentra en la concepción literaria y en la concepción del mundo del autor, y, sobre todo, en cómo la una y la otra se manifiestan en su diálogo en general, y en el canto VIII en particular.

«Gnophoso» no es el único caso de escritor imperial y procarolino que al tiempo detesta la guerra y reivindica la paz entre los cristianos. La idea está extendida entre todos los reformadores cristianos del período<sup>61</sup>.

Pero lo que creo más importante es que es su concepción literaria la que le lleva a incluir relatos tan aparentemente dispares dentro de su diálogo: lo único que hace con ello es respetar el marco lucianesco elegido, el precepto de la *μῦθος* y las exigencias de cualquier obra satírica, género al que adscribe manifiestamente su diálogo. Por tanto, como todos los que le precedieron y le siguieron en dicha práctica, exhibe su «pedigree» satírico, toma un tema concreto y tópico y le da un tratamiento personal, utiliza los recursos característicos<sup>62</sup>, y provoca lo que Highet llama la emoción satírica que, en su caso, es una peculiar combinación de odio, risa, sonrisa y desprecio.

Practicar la sátira implica, *exige*, variedad<sup>63</sup>. El buen satírico intenta siempre, con los medios a su alcance, producir lo inesperado, obligar a los lectores a adivinar y luchar por encontrar un significado. El método que sigue es también preceptivo: una combinación constante de chiste y seriedad. «Gnophoso», además de hacer reír, dice la verdad, *su* verdad; en este caso, la que el «vulgo» no quiere oír. Y ese decir la verdad tiene para él un propósito doble: el de ayudar y «dar buenos consejos» al mundo, es decir, propósito correctivo; y el de ofender al mundo contándole sus escándalos, es decir, propósito destructivo. Combina, por tanto, «Gnophoso» dos conceptos diferentes del mal y de la sátira que se traducen en dos tipos de risa bien definidos: una risa optimista, epidérmica, propia de todo satírico que confía en la razón y en convencer para generar anticuerpos sociales —por eso da a veces alternativas—. Y otra risa pesimista, insolidaria, ceñuda, en la que apenas queda ya el chiste o el calor y que denota una sátira cercana a la tragedia y a la visión del mundo de la ortodoxia cristiana. «Gnophoso», incluso

---

<sup>61</sup> El irenismo es tópico en el siglo XVI, y no exclusivamente reformista o erasmista. Así lo indica, por ejemplo, la defensa de la paz que hace Castiglione en su *Cortésano*, Madrid, CSIC, 1942, págs. 343-345. Esto invitaría a no separar tanto, como se ha hecho a veces, a reformadores cristianos de humanistas de corte más italianizante. Sin embargo, si se toman dos ejemplos paradigmáticos de ambas líneas de pensamiento, como pueden ser Alfonso de Valdés (*Diálogo de Mercurio y Carón*) y Castiglione (*El Cortésano*), se siguen observando diferencias: aunque los dos acepten siempre una dosis de violencia, Castiglione es mucho más contundente y llama a sojuzgar a los turcos para «gobernarlos bien», llegando a instar a Francisco I, Enrique VIII y Carlos V a llevarlo a cabo de forma conjunta (págs. 355-356). Alfonso de Valdés, en cambio, sólo acepta en este diálogo la guerra defensiva, es partidario de convencer —y no de sojuzgar directamente—, y contempla la guerra como último recurso, a pesar de lo cual siempre es «gran ponchoña» (V. *Diálogo de Mercurio y Carón*, ed. José F. Montesinos, Madrid, Espasa-Calpe, 1971; V. en especial págs. 96-97 y 183-184).

<sup>62</sup> Ironía, paradoja, antítesis, parodia, etc.... Para una teorización de los géneros satíricos en la historia literaria, ver el libro citado de G. Highet, *The Anatomy of Satire*, pág. 18, y especialmente caps. I, III y V; *passim*.

<sup>63</sup> *Ibidem*, págs. 18 y 232, donde se remonta a la misma etimología latina de la palabra, *satúra*, en cuya esencia está ya la variedad que debe caracterizar a toda obra satírica.



como satírico, renuncia a ser adscrito a un único bando —blanco o negro—. Su espíritu independiente se acoge a las normas de la tradición satírica, entre otras razones porque le permite la ventaja de la policromía sobre lo monocromo. Por eso encontramos en su diálogo desde un falso realismo historiográfico y literario —eso sí, presentado como verdad solemne y verosímil—, hasta la ironía sobre un problema de actualidad, el sarcasmo o el episodio fantástico. En esto también se atiene a las normas de la tradición, pues la sátira permite pasar de la realidad a la fantasía, y viceversa, a veces, incluso, sin el control absoluto del autor<sup>64</sup>.

«Gnophoso», como buen satírico, está menos interesado en desarrollar un argumento con preparación, suspense y clímax, que en exponer muchos y diferentes aspectos de una idea. Además tampoco piensa que el mundo sea racional y ordenado: los huecos, interrupciones e inconsistencias de la historia apenas le conciernen. No pretende hacer una novela, sino un diálogo satírico de herencia lucianesca en el que lucir sus cualidades como narrador y como «novelliere». Por tanto, para disfrutar de la lectura de *El Crotalón* es necesario, a veces, suspender el juicio en aspectos como coherencia narrativa e ideológica *al ciento por ciento*. El autor nunca la pretendió, como ya advierte en el prólogo. Y a pesar de eso y de practicar la contaminación literaria, compuso una obra menos caótica e incoherente de lo que se ha querido ver hasta la fecha. Creo que, sin menoscabo de aceptar el papel docente y moralizador que él mismo se atribuye, al autor de *El Crotalón* le preocupó el arte de narrar y su diálogo es un ejemplo de renovación de los géneros literarios en el Renacimiento castellano.

ANA VIÁN  
Universidad Complutense  
Madrid

---

<sup>64</sup> El ejemplo tantas veces polémico del *Quijote*. V. G. Highet, *The Anatomy...*, pág. 116

## A P É N D I C E

### ESTRUCTURA DE LA BATRACOMIOMAQUIA (Ap. A. Bernabé, *Himnos homéricos*. «La Batracomiomaquia», Madrid, Gredos, 1978, págs. 323-24.)

- |   |   |  |
|---|---|--|
| I. CAUSAS DE LA GUERRA (9-98)           | { | <ul style="list-style-type: none"> <li>a) Escena del encuentro (9-64).</li> <li>b) Paseo por el agua y sus consecuencias (65-98).</li> </ul>   |
| II. PREPARATIVOS DEL COMBATE (99-201)   | { | <ul style="list-style-type: none"> <li>a) Transición en narración rápida (99-109).</li> <li>b) Preparativos de los ratones (110-131).                             <ul style="list-style-type: none"> <li>— Discurso de Roepán (110-121).</li> <li>— Armamento de ratones (122-131).</li> </ul> </li> <li>c) 2.ª transición en narración rápida (132-146).</li> <li>d) Preparativos de las ranas (147-167).                             <ul style="list-style-type: none"> <li>— Discurso de Inflamofletes (147-159).</li> <li>— Armamento de ranas (160-167).</li> </ul> </li> <li>e) Traslado al plano divino: Asamblea de los dioses (168-201).</li> </ul> |
| III. DESARROLLO DE LA BATALLA (202-303) | { | <ul style="list-style-type: none"> <li>a) Descripción de luchas individuales (202-259).</li> <li>b) Principalía de Robapartes (260-267).</li> <li>c) Traslado al plano divino (268-293).</li> <li>d) Desenlace: descripción de los cangrejos (294-303).</li> </ul>   |

### ESTRUCTURA DE LA BATALLA DE RANAS Y RATONES DEL CANTO VIII DE EL CROTALÓN, DE «CHRISTOPHORO GNOPHOSO»

ENLÁCE con la transmigración anterior del gallo y PRESENTACIÓN de la vida de ranas y ratones.

- |                              |   |   |
|------------------------------|---|---|
| I. CAUSAS DE LA GUERRA       | { | <ul style="list-style-type: none"> <li>a) Motivos del paseo por el agua.</li> <li>b) El paseo por el agua y sus consecuencias.                             <ul style="list-style-type: none"> <li>— Intento de disuasión de los ratones.</li> <li>— Castigo de las ranas malhechoras.</li> </ul> </li> </ul>  |
| II. PREPARATIVOS DEL COMBATE | { | <ul style="list-style-type: none"> <li>a) Preparativos de los ratones.                             <ul style="list-style-type: none"> <li>— Convocatoria de Cortes por Ambrocós.</li> <li>— Formación del ejército de los ratones y pregón de guerra.</li> </ul> </li> <li>b) Preparativos de las ranas.                             <ul style="list-style-type: none"> <li>— Convocatoria del Consejo de ranas.</li> <li>— Petición de ayuda a los barbos y discurso del barbo anciano.</li> <li>— Armamento de las ranas.</li> <li>— Descripción del ejército de ranas y barbos.</li> </ul> </li> </ul> |
| III. LA BATALLA              | { | <ul style="list-style-type: none"> <li>a) Encuentro inicial de los dos ejércitos en campo abierto.</li> <li>b) Combate individual de los dos capitanes generales.</li> <li>c) Vicisitudes del combate y correlación de fuerzas de cada parte.</li> <li>d) Muerte del capitán general de las ranas a manos de Lampardo, el de los ratones.</li> <li>e) Fin impreciso de la batalla.</li> </ul>   |